



MERCADO CENTRAL DE ALMERÍA

La extraña quimera de Goyo

AITOR ESTALAYO ÁLVAREZ

El mes de octubre había llegado a la ciudad, y el ajetreo del verano había dejado paso a las tibias brisas otoñales, a la playa desierta, oscurecida por las nubes y las lluvias. El verano había muerto como cada año, llevándose consigo al gentío estival. Una melancolía serena y callada invadía cada rincón de la ciudad, más aún donde se alzaban las urbanizaciones de los veraneantes, y todo ello parecía devolver a los lugareños a la realidad, lejos de la locura y el desenfreno que imponen los turistas, que siempre se traen, entre sombrilla y tumbona, un poco de su cachondeo mediocre.

Allí todos lamentaban siempre el final del verano, porque la ciudad se moría un poco, y porque el trabajo decae, y no hay más que tiempo para andar todo el día bajo el cielo gris, sin nada que hacer, mirando por las ventanas y cazando las últimas moscas dentro de sus locales vacíos y sin música. Sin embargo, no era éste el caso de Goyo, al que todos llamaban Colilla, mote debido porque el chaval, a pesar de sus dieciséis años, había demostrado ya, sin ningún lugar a dudas, que no valía absolutamente para nada. Eso mismo, como una colilla. Algo que, por otra parte, jamás le robaba el sueño. Él agradecía el final del verano, porque así no había mucho que hacer y se podía perder el tiempo en dar vueltas a la cabeza sin que le gritasen chico haz esto y chico haz lo otro.

Goyo “el Colilla” trabajaba en una frutería del Mercado Central de Almería, y se encargaba de llevar los pedidos a domicilio. Cuando no había ningún encargo, se suponía que tenía que ayudar al dueño, Ernesto, a despachar a la clientela, pero el chaval era ya todo un experto en esa noble destreza de todo buen español que es escurrir el bulto a la hora de arrimar el hombro. Se sentaba en el suelo de un pequeño almacén de la frutería y allí, mientras se hurgaba los oídos con un lápiz, hojeaba revistas de mujeres desnudas. Cuando dejaban de llegar clientes, y Ernesto se percataba de que el chico se había escaqueado, éste abría con furia el armario y, entre alguna que otra coza, le reprochaba con vehemencia su actitud:



–¡Demonio de chico! –le chillaba, mientras le daba alguna que otra coz–. ¡Siempre con estas guarradas! Degenerado. ¿Qué pensarían los clientes si supiesen que sus naranjas han sido servidas por semejante golfo?

Pero el buen Ernesto era incapaz de despedirle, porque sentía cierta lástima por el chico. Del padre de Goyo nadie supo nunca nada, sólo que era uno de esos camioneros que llegan al pueblo una noche para irse por la mañana, con la mala suerte que éste en concreto dejó a una mujer con una buena resaca y un regalo en el vientre. La madre de Goyo se enfrentó a la delicada tarea de criarle sola con resignada valentía, pero un cáncer de páncreas se la llevó cuando el niño apenas tenía siete años. Por todos era bien sabido que Ernesto había tenido amores con la difunta madre hacía ya muchos años, y no faltaba quien pensaba que Goyo era realmente hijo del frutero, pero esto no eran sino habladurías de gente de mala sangre. El hecho es que desde la muerte de su madre, Goyo había vivido con la hermana de su madre, la tía Carmen, cuya única preocupación era dilapidar su pensión en las máquinas tragaperras, por lo que el chaval hacía lo que le venía en gana al estar al cuidado de tan plácida mujer. El frutero, al ver al hijo de su viejo amor de juventud tan desamparado, decidió tratar de sacar del chico algo de provecho. Sin embargo, parecía como si una fuerza venida del infierno, o váyase usted a saber, impidiese sacar a Goyo de ese estado de letargia vital extrema en

que retozaba desde la infancia. Le puso a trabajar en su frutería del mercado, pero al chico, como bien decía Ernesto, le interesaban más su pepino y los melones de las chicas Bon-Bon que las saludables naranjas recién llegadas de la huerta murciana.

Goyo, en las tardes muertas que el bienintencionado Ernesto le daba libres, en vez de ir con los demás chicos de su edad a la playa o a los futbolines, aprovechaba para ir hacia la autopista y ver pasar los camiones que iban a Madrid, a la capital. Muchos pensarían que el chico imaginaba a su desconocido padre entre los enormes colosos de chapa que surcaban el asfalto rugiendo como dragones, pero no era así. A Goyo le importaba poco si su padre había sido camionero, trapeicista o perito agrónomo. De hecho, nunca le quitó el sueño el hecho de no haber conocido a su padre. Goyo bajaba hasta la autopista para imaginarse a sí mismo escapando en uno de aquellos camiones de su pueblo y del olor a mar, que según él, le atragantaba. Contemplaba la enorme llanura andaluza y parecía hacerse infranqueable, y quizás su abulia era provocada

por el hecho de verse encerrado en un lugar acorralado entre el mar y el desierto, pero no era menos cierto que Goyo hacía más bien poco por intentar marcharse a la loca capital, donde, según le habían dicho, las juergas duraban de lunes a domingo, y donde se puede uno sacar oposición a funcionario para no pegar golpe el resto de la vida. Que también es tener imaginación, pero de ésta Goyo tenía mucha, también hay que decirlo. Era lo único que trabajaba en ese cuerpo desgarrado y apático: la imaginación.

Como todas las mañanas, esta a la que me refiero, Goyo estaba escondido en el almacén de la frutería. Desde allí podía oír el jolgorio del mercado, pero tomándose a distancia, sin que el ajetreo le afectase mucho a su alma en perpetuo reposo. Con una linterna se ayudaba a distinguir a la chica Bon-Bon de marzo, que era rubia y protuberante, pero que, no se pudo explicar bien por qué, le recordaba a una antigua profesora de Literatura. Permanecía enfrascado en esta noble reflexión cuando Ernesto irrumpió como una estampida de bisontes.

–¡Serás vago y malnacido! ¡Hace ya más de media hora que fueses a hacer el reparto! ¿Otra vez con esas cochinas? Voy a pedirle a Juancho que me deje su cuchillo más grande y afilado para cortarte la verga, a ver si espabilas –Goyo soportaba aquella charla como hacía con todas: se encogía apáticamente de hombros y observaba el panorama como si la cosa no fuese consigo–. ¡Y no me mires con esa cara de pasmarote! Ah, buena cruz me ha caído contigo. Despierta,





hijo, despierta al mundo, que por vivir tan dormido parece que llevas siempre los ojos entrecerrados.

Silbando, y con las manos en los bolsillos, Goyo agarró el cuadernillo donde se apuntaban los pedidos, cogió el carro y salió andando pesadamente del mercado, donde Ernesto se quedó con un humor de mil demonios, pensando seriamente en mandar a Goyo a galeras, cuando se acordó que eso de las galeras era algo muy malo que había leído en alguna novela, pero que ya no se daban en estos tiempos, cosa que lamentó profundamente.

Goyo salió a la calle y respiró el aire frío de la mañana. El cielo volvía a estar nublado y sintió un amargo fastidio. Miró el cuadernillo y vio la dirección de la señora Matilde, una anciana tosca que siempre le miraba por encima del hombro. Leyó el encargo, encendió un cigarro y enfiló la marcha hacia la casa de aquella señora, que vivía en la misma calle del mercado, aunque más arriba. Tirando del carro durante la subida, Goyo no pudo evitar sentir un

agudo reproche hacia la señora Matilde, y por todas las personas que le obligaban a tan penosa tarea. “Serán vagas. ¿No podrán venir en persona a comprar en la misma frutería, como hace todo el mundo? Ganas de marear al personal, lo que yo me diga”. Al llegar al número trece, donde vivía la señora Matilde, dejó el carro en la puerta, cogió la bolsa que le correspondía –de lo poco que Ernesto se fiaba del chico, siempre se cuidaba mucho en escribir en la bolsa a quién iba dirigida–, saludó en la entrada del portal al portero y subió los cinco pisos. “Cinco pisos, Dios me libre, ¡cinco pisos! Pero, ¿se habrán enterado aquí de que existen los ascensores? En Madrid los hay hasta para subir a la acera, lo que yo me diga.”

Se oían gritos detrás de la puerta de la casa de la tal señora Matilde. Goyo bufó y apretó con timidez el timbre. A los pocos segundos abrió la puerta un señor canoso. Estaba rojo de furia y jadeaba.

–Mi mujer está loca, mi mujer está loca –exclamaba–. ¡Quiere dejarme aquí encerrado hasta que me muera!

Acto seguido hizo presencia la señora Matilde, quien, también roja de furia, agarró a su marido por la camisa, y con la otra mano le atizó un par de sopapos, por lo que el hombre, acobardado, se atrincheró en la cocina. La señora Matilde sonrió satisfecha de su buen hacer y miró con dejadez a Goyo, quien, ante semejante escena, tuvo la delicadeza de permanecer quieto y callado, maldiciendo entre dientes por el fastidio que suponía verse inmerso en semejantes berenjenales. “A Madrid me tengo que ir yo, joder, para no tragarme estas escenitas. En Madrid la gente resuelve estas historias con un disparo o un envenenamiento, lo que yo me diga.”

–Ni un duro más le doy a este hombre, chico –le dijo la mujer a Goyo, cogiéndole la bolsa–. Antes le enveneno –se volvió hacia la puerta la de cocina y volvió a gritar–. ¡Para que te lo gastes en malas mujeres, desgraciado, antes me como yo misma los billetes! A tus años..., ¡pero si te estoy salvando la vida!

–Está claro, señora –dijo Goyo–. Pero, oiga, que me corre algo de prisa

Después de esto la mujer pareció calmarse. Echó un vistazo a la bolsa.

–Estará todo, ¿verdad? Las naranjas también, ¿verdad? Y los rábanos.

–Todito, todo, señora. Que uno es un profesional.



La mujer pagó a Goyo. Al contar el dinero, el chaval se dio cuenta de que faltaba dinero, y se lo hizo saber antes de que la señora cerrase la puerta. Ésta volvió a montar en cólera. Cerró la puerta de un portazo y desde el otro lado oyó cómo le gritó:

–¡A mí nadie más me toma por imbécil!
¡Faltan un kilo de limones y medio de patatas! ¡A otra a tomar el pelo, chaval!

–Oiga, señora, que yo sólo soy un mandado
–replicó Goyo.

Pero Goyo oyó que la bronca había vuelto otra vez hacia la cocina y el pobre marido. Chasqueó la lengua y, resignado, bajó de nuevo a la calle para seguir su tarea.

La mañana siguió tranquila. Nimios roces con clientes quisquillosos apenas afectaron a Goyo, que se limitaba a quejarse interiormente y a asentir con la cabeza, y a cobrar, cuando esto era posible. Una mujer adinerada de una urbanización de las afueras le tuvo esperando veinte minutos mientras comprobaba, una a una, cada pieza de verdura que había en la bolsa. “Si aquí tuviésemos sindicatos como los de Madrid –pensó Goyo–, otro gallo me cantaría, y a ésta la montarían un piquete delante de su maldito jardín para amargarle la vida, lo que yo me diga”. Un jubilado le arrojó la bolsa con furia, porque Ernesto se había equivocado en el pedido, y en vez de puerros le había puesto alcachofas.

–¡Con los gases que me producen las alcachofas, descerebrado! –le había gritado el hombre–. A la tumba me queréis llevar entre todos. ¡Y dile a mi hijo que aunque me mate no verá un duro!

Y Goyo, mientras esquivaba la bolsa, ni siquiera quiso defenderse. “Y a mí qué me cuenta este hombre, si ni siquiera sé quién diantres es su hijo. Esto en Madrid no ocurriría, lo que yo me diga.”

Alguien podría pensar que Goyo llevaba el estoicismo hasta el extremo. Sin embargo, no era más que abulia. Acabar lo antes posible con su trabajo diario era su única meta, y enfrentarse a las iras de los clientes no habría hecho sino prolongarlo.

A eso de las dos de la tarde, al fin, Goyo “el Colilla” pudo dar por terminado su trabajo. A pesar del frío, el sudor corría por su frente. Dejó el carro al lado de un banco y se sentó a descansar en frente del viejo puerto pesquero. Como era normal a esas horas, las lanchas estaban ya casi todas amarradas. El mar, a pesar de la brisa, permanecía en calma. Encendió un cigarro y dejó que el humo entrase lentamente por sus pulmones, disolviendo todo el mal fario del día. No había muchas personas en la plaza. Sin embargo, pudo distinguir en el otro extremo a un grupo de tres chicos que bebían cervezas. Goyo se percató de que

eran antiguos compañeros de cuando aún iba al instituto. A pesar de que Ernesto ya le estaba esperando para guardar el carro y cerrar el puesto del mercado, no pudo evitar acercarse a charlar con ellos. El carro tiránico parecía observarle con demoníaca burla. “Ah, maldito cerdo –pensó Goyo–, ya estás deseando que me tire otro kilómetro cargando contigo, ¿eh? Pues vas aviado, majo. En Madrid seguro que estos carros tienen motor, y uno no tiene más que sentarse y dirigir con un volante, lo que yo me diga”. Así pues se acercó a los chicos y saludó con pereza, elevando ligeramente la mano.

–Mira, Goyo –dijo Manolo, uno de ellos, y que tenía la cara minada de granos–. Estábamos hablando de



Miguel. ¿Te acuerdas que se marchó a la capital para trabajar con su primo en un desguace? Pues no veas ahora, el tío. Tiene un taller mecánico propio.

–Un taller, menuda mierda –respondió Goyo–. Cuando yo vaya a Madrid, será para dirigir una gran empresa.

–Juá, una gran empresa –se rió León, que era obeso como un buey–. No tienes imaginación tú.

–De repartidor de verduras a presidente de Coca-Cola –se mofó Manolo.

–Lo que yo te diga –respondió Goyo, muy digno.

–Lo que tendrías que hacer es cargarte a Ernesto y quedarte con su puesto, que seguro que da buenos duros.

–No digas eso, hombre, je, je –se rió Goyo–. Ernesto es algo pesado, pero es buena gente.

Con la charla Goyo no se dio cuenta de que unos niños habían cogido el carro. Uno de ellos se había subido en él y los otros tiraban del carro. Cuando Goyo quiso darse cuenta, el carro ya volaba calle abajo.

–¡La madre que los parió! –exclamó, al tiempo que salía como una estampida hacia ellos.

–¡Eah, Goyo, no corras tanto –se mofó de nuevo León–, no sea que llegues a Madrid y pases de largo!

–¡Y si llegas y te haces con el dominio de Repsol, ya podrías hacernos directores generales o algo así! ¡Y ponernos una buena secretaria!

Goyo corría como una bala, pero los niños tenían unas piernas pequeñas pero con buen nervio. Aprovecharon la cuesta abajo, y los tres niños que empujaban subieron también al carro de un salto. Goyo les gritaba para que parasen, pero los críos no le hacían más que burlas. “En Madrid estos criajos acabarían a pan y agua en uno de esos centros de menores –pensaba Goyo mientras corría–, lo que yo me diga”. Tuvo buena suerte Goyo, sin embargo. El carro estaba desequilibrado por las ruedas mal infladas, por lo que giró bruscamente hacia la izquierda y se estampó contra un coche que estaba aparcado en la acera. Mientras los niños se recuperaban del golpe, Goyo llegó hasta ellos. Trató de agarrarlos para darles una buena tunda, pero todos excepto uno se le escabulleron de las manos. El niño que seguía en manos de Goyo pateaba y maldecía como un diablo.

–¡Vas a pagar tú por todos tus amigos, renacuajo! –exclamó triunfalmente.

–Mi padre es policía y como se entere te va a meter en el calabozo para toda la vida.

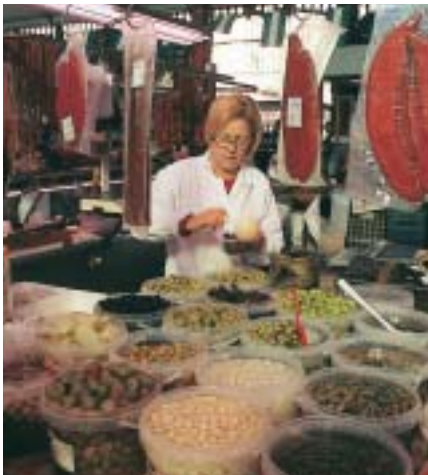
–Bueno estaría si me creyese ese cuento.

Goyo observó al niño con detenimiento. Sus ropas gastadas y sucias, sus manos llenas de barro, el pelo grasiento y enmarañado. Algo en el niño le recordó a él, y no pudo evitar sentir lástima. Pensó también que iba a llegar muy tarde a la frutería. El chico seguía gritando.

–Niño del demonio –dijo Goyo–. Anda, vete y que no vea tu cara en una semana.-

Y soltó al chico. Enderezó el maltrecho carro. Un herraje lateral se había abollado. “En Madrid...” No pudo seguir pensando, porque comenzó a notar un tremendo cansancio en las piernas. Hacía años que no había corrido de esa forma, y un temblor le invadió las extremidades. Agarró el carro y comenzó a tirar agónicamente de él.





Llegó a la frutería a eso de las tres. Sudaba a chorros y el cansancio apenas lo había dejado fuerzas. Ernesto, que estaba leyendo una carta, estaba muy contento, algo que extrañó a Goyo, que ya se imaginaba una buena bronca.

—Ah, ya has vuelto. Pensaba que te habían secuestrado unos marcianos. Mira esta carta. Es de tu primo Luis. Goyo, eres un maldito vago, pero te sonrío la suerte. Quiere que vayas a visitarle, que hace muchos años que no te ve. Te vas a Madrid, muchacho.

Goyo encendió un cigarro y hojeó la carta.

—A lo mejor allí te espabilan —dijo el frutero.

Pero el muchacho sólo sentía el enorme cansancio. “Bué, Luis quiere que me vaya a Madrid para explotarme como hace Ernesto. No saben nada en Madrid, lo que yo me diga.”

—Pero, ¿no estás contento? ¿No andas diciendo siempre que si Madrid esto, que si Madrid lo otro? ¿No dices que la humedad del mar te pudre los pulmones? Pues parece como si te hubiera leído tu condena a muerte.

Goyo se encogió de hombros. Cogió una de las revistas que tenía escondidas debajo de un estante y se metió dentro del almacén.

—¡No te entiendo, chaval, no te entiendo! —comenzó a gritar Ernesto desde fuera—. Tú lo que quieres es estar siempre a la sopa boba. ¡Ah, qué cruz, hijo, qué cruz!

Pero Goyo ya estaba absorto en su extraña relación con las chicas Bon-Bon. Levantó sin embargo la cabeza hacia la puerta y, sonriendo, pensó: “A este bueno de Ernesto, en Madrid lo hubieran encerrado en un frenopático y hubieran tirado la llave al Manzanares. Lo que yo me diga”. Cerró la revista y pensó en Madrid, ese Madrid donde hay ascensores para subir a las aceras y donde los carros para los repartidores llevan motor. Ese Madrid donde al jefe se le manda al frenopático si te sube la voz. Ese Madrid que Goyo había imaginado desde niño y que jamás había existido. Dejó la revista en el suelo y se encendió un cigarro. Esbozó una pequeña sonrisa, que fue, poco a poco, convirtiéndose en una sonora carcajada.

AITOR ESTALAYO ÁLVAREZ
 GUIONISTA



MERCADO CENTRAL DE ALMERÍA

El Mercado Central de Almería está ubicado en el centro histórico de la ciudad, en un enclave comercial privilegiado, entre el Paseo de Almería y la Rambla del Obispo Orberá. Fue construido en 1893, según el proyecto del arquitecto Trinidad Cuartara, siendo posteriormente remodelado en 1977, por el arquitecto municipal Antonio Ortiz Gacto.

El mercado es un edificio aislado de planta rectangular, rodeado por cuatro calles peatonales, y en su interior la actividad comercial se estructura en dos niveles, una planta baja y un semisótano. En la primera, consta de 325 puntos de venta, distribuidos en 80 barracas y 245 mesas; y en planta semisótano consta de 150 puntos de venta, distribuidos en 68 barracas y 82 mesas.

En la actualidad, MERCASA y la Asociación de Comerciantes están colaborando, con el apoyo del Ayuntamiento de Almería, en el diseño de un nuevo proyecto de remodelación del Mercado Central, para adecuarlo a las necesidades de los consumidores.